
RAMIRO MONTOYA

Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación

En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Resolvió reducir cada una de sus jornadas pretéritas a unos setenta mil recuerdos, que definiría luego por cifras. Lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea era interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez.

J. L. BORGES, 'FUNES, EL MEMORIOSO.'

Uno. –Visión con privilegio

Mi visión sobre Estanislao Zuleta tiene un privilegio. Lo conocí en 1950 cuando él tenía 15 años; el comienzo de nuestra relación fue de adolescentes compañeros de colegio, luego se extendió a la primera juventud. Más adelante, entre 1965 y 1968, cuando él contaba de 30 a 33 años, nos vimos con muy poca frecuencia, tal vez cuatro o cinco veces en ese período; y al final, durante los últimos 22 años de su vida, no volvimos a coincidir en parte alguna y anduvimos por caminos distintos, sin que en ese distanciamiento mediara ningún hecho determinante, puntual, distinto a las decisiones que cada uno tomó sobre lo que debía ser su vida. Por esas circunstancias, la visión que tengo de nuestra adolescencia y primera juventud está sesgada por la idealización que hacemos de nuestros primeros años, exenta de las desavenencias que generan las relaciones de la madurez y apenas tocada por los conflictos de tareas comunes y por las frustraciones y logros individuales.

-A-

El abogado Estanislao Zuleta Ferrer, padre de mi amigo Estanislao Zuleta Velásquez, era un hombre tan destacado en el ambiente de Medellín que el día que se mató Carlos Gardel, el 24 de junio de 1935, el titular del periódico *El Colombiano* que destacó la noticia fue de este tenor:

La catástrofe de ayer en el aeródromo de Medellín tiene magnas proporciones. 17 muertos y 5 heridos resultaron al chocar e incendiarse luego los trimotores F 31 y el Manizales a las 3 p.m. Entre las víctimas se cuentan Estanislao Zuleta Ferrer, Ernesto Samper, Guillermo Escobar Vélez, Jorge Moreno Olano y el popular tanguista argentino Carlos Gardel.

Cualquier gardeliano y tangófilo se sentiría afectado por esta alteración en la jerarquía de los nombres, porque si alguien le pregunta a un historiador, iniciado o no en el tango: ¿Qué pasó en Medellín en junio de 1935? , ¿Cuál es el acontecimiento de mayor resonancia de los ocurridos en Medellín en la primera mitad del siglo XX?, la respuesta con soporte en los anales y hemerotecas será esta: Que allí ocurrió la muerte de Gardel.

El titular del periódico refleja el lugar que tenía EZF en el entorno antioqueño de los primeros años treinta, como miembro de una familia de renombre, integrante de la clase media-alta de aquella sociedad de provincia. Llegados a Medellín desde el pueblo minero de Remedios, donde había nacido Estanislao Zuleta Gaviria, padre de EZF, los de ese apellido llevaban en la nomenclatura local el rótulo de conservadores y gozaban de un cierto halo de intelectualidad.¹ El mayor aporte a la fama de letrados había sido conseguido por el doctor Eduardo Zuleta, tío de EZF, quien fue escritor, ministro, diplomático y dirigente de prestigio, autor de la novela *Tierra Virgen* y otras obras entre las cuales son las más conocidas *Papeles viejos y nuevos* y *Manuel Uribe Ángel y los literatos antioqueños de su época*. EZG fue uno de los fundadores de la Escuela de Minas de Medellín, padre de Alberto y Eduardo Zuleta Angel, abogados y políticos de alguna nombradía. Un hermano de EZF, Juan Zuleta Ferrer, fue periodista muy conocido por su figuración en *El Colombiano*, diario tradicionalista antioqueño, del cual llegó a ser director hacia los años cincuenta.

Cuando murió de sólo 30 años, EZF era un jurista brillante que en Medellín compartía oficina e inquietudes intelectuales con sus contempo-

1 A principios del siglo XX, entre las familias raizales de Medellín los Zuleta, por proceder de Remedios y no tener pretensiones de ricos, eran mirados como pueblerinos emergentes. Así lo recoge un dístico que escuché de niño y que hacía referencia al matrimonio de Eduardo Zuleta Gaviria con una dama de mayor alcurnia: “Doña Pepa Ángel de Zuleta / cayó desde la A hasta la Zeta”.

ráneos Fernando Isaza y Fernando González, y en Bogotá con el bufete de abogados de los Zuleta Angel, con quienes además del parentesco tenía vínculos de tipo profesional.

Margarita Velásquez, que quedó viuda muy joven, contaba que cuando ella salió al aeropuerto de Techo a recibir a su esposo que llegaría de Medellín, se encontró con el abogado bogotano Alfonso López Michelsen, que también esperaba a EZF. Esto se explica porque López, cuyo padre era por entonces presidente de la República, también tenía negocios jurídicos y clientes comunes con Alberto y Eduardo Zuleta Angel y Estanislao Zuleta Ferrer.

Huérfano de padre, Estanislao Zuleta Velásquez crece en un medio de burguesía provinciana, en el interior de una familia con antecedentes intelectuales. Con ayuda de niñeras y sirvientas, su madre y sus tías lo criaron a él y a su hermana la Nena Zuleta. Por eso ante cualquier situación crítica, con humor o con tono trágico, EZV decía: “Yo no conocí padre, yo me crié entre mujeres”, y era en efecto el único varón entre muchas mujeres. La única figura más o menos paternal que él podía vislumbrar, aunque lejana, era un tío político, Fernando Isaza, abogado especialista en derecho de minas y exitoso en su profesión.

A quienes manejan interpretaciones freudianas no debe quedarles difícil entrar en el análisis de muchos rasgos de la personalidad de Zuleta a partir de aquel cuadro familiar sin la figura del padre.

¿Y la influencia de Fernando González? Este es un pensador antioqueño, escritor contestatario y librepensador, aunque en sus últimos escritos terminó metido en un horroroso pantano misticista que desdice mucho de la luminosidad de sus primeros libros. Con todo, es tenido como figura clave en la historia de las ideas en Antioquia. Fernando González había sido amigo del padre de Zuleta, tanto que una de sus obras se publicó con el título de *Cartas a Estanislao*.² Vivía un poco retirado, en su finca de “Otraparte” en Envigado y, que yo sepa, no era un frecuente visitante de la casa de Zuleta, en Medellín, en la calle Cuba. Era una figura intelectual lejana, y lejanas y llenas de formalidades eran las relaciones que con él mantenía la familia de Zuleta. Doña Margarita, la madre de Estanislao, iba con éste a hacerle visitas los sábados o domingos, a tomar el *algo*, o con un par de amigos íbamos

2 González Fernando, *Cartas a Estanislao*, Edit. Arturo Zapata, Manizales, septiembre de 1935. En realidad el título puede entenderse como un homenaje del autor a su amigo, fallecido cuando el libro estaba en prensa aunque no hay en sus páginas ninguna alusión a su trágica muerte, ocurrida el 24 de junio de 1935. En el contenido del libro, de 47 cartas y artículos sobre temas polémicos de la época y fechados desde septiembre de 1930 hasta mayo de 1935, solamente 11 son cartas dirigidas a EZF.

con Zuleta cargados de expectativas por oírle al maestro alguna genialidad o frase provocadora, y efectivamente aquellas “tardes de la granja” eran un monólogo del viejo maestro González. Naturalmente vivíamos deslumbrados con su obra y leímos y releímos muchas veces *El Viaje a pie* y todos sus libros. Para Zuleta puede decirse que, de modo muy pasajero, fue un mentor intelectual en los primeros años de la adolescencia, sin la profundidad que más tarde pudieron haber tenido Sartre o Freud. Tampoco era una presencia familiar y mucho menos la figura que hubiera llenado el vacío del padre.

Conviene aclarar que Fernando González estuvo fuera de Colombia por ciertos períodos. Durante el gobierno de Rojas Pinilla, entre 1953 y 1957 y por influencia de Carlos Mario Londoño que era su paisano, estuvo de cónsul en Rotterdam y Bilbao (ya había sido cónsul desde 1932 hasta 1934 en Génova y Marsella). Zuleta se fue a vivir a Bogotá en 1956, por lo tanto sólo coincidió con González en Medellín desde que tenía 15 hasta que tenía 18 años, entre 1950 y 1953.

Téngase en cuenta que González desde sus primeros libros propone una búsqueda panteísta a partir de un conflicto individual, y al final en *Martina la Velera* y sus últimas obras recorre un sendero místico, muy diferente al proceso intelectual que Zuleta estaba siguiendo. Por eso, en la medida en que fuimos conquistados por lecturas de mayor complejidad, las posturas del maestro de Envigado fueron abiertamente rechazadas.

Mi tesis es que la influencia de González no es tan decisiva. Sí suscita la curiosidad de Zuleta como lector, pero no es la corriente de pensamiento que provoca una ruptura con el medio social. No fue bajo su tutoría y su orientación, como algunos han dicho, que se produjo esa gran explosión intelectual en los años tempranos de Zuleta. Yo creo que él buscó solo en la biblioteca de su padre una salida como reacción contra los valores de su familia y de la sociedad de Medellín, contra un mundo que él rechazó desde el principio, y esa reacción la canalizó a través de la lectura, pero por su propia inventiva, apoyado en los libros, en un proceso de asimilación, pasando de un autor al otro hasta llegar a los más complicados, con un menú que él mismo se fue diseñando.

-B-

Yo pertenecía al Centro Literario Porfirio Barba Jacob que era laico, escéptico, y por llevar el nombre del poeta tenía algunos visos de bohemia. En 1950 hicimos un encuentro con los integrantes del Centro Edad de Oro, de orientación oficial y más conservadora. La tarea de cada estudiante era hablar algo sobre literatura y recitar algún poema. Para mi

sorpreza uno de los representantes del Edad de Oro era un muchacho de quince años, de buena estatura y robusta presencia, que resultó imbatible en el desafío de la recitación porque se sabía de memoria más poesías que todos los presentes, en especial los más extensos poemas de Gregorio Gutiérrez González y de Guillermo Valencia.

Después de conocerlo en ese encuentro de centros literarios, coincidimos Zuleta y yo con otros compañeros y amigos comunes y, tal vez por no ser él de relaciones que transcurrían en la calle, su primera demostración de amistad consistió en invitarme a su casa, con presentación de su madre y su hermana, para proseguir allí la aproximación a primerizas inquietudes literarias. También para mostrarme la biblioteca de su padre, símbolo de un estatus intelectual poco frecuente en las casas de Medellín, de esa época y de ahora.

En ese rincón de cómodos sillones de cuero que se hundían al peso del visitante, el vínculo de los adolescentes fue la aproximación a la poesía, llevada como conversación sobre poetas y como lectura y repetición de versos. Zuleta tenía una memoria extraordinaria. Siempre se ganaba las apuestas que hacíamos en esos años y posteriores, en las tardes y noches de cerveza, para ver quién repetía, sin equivocarse, el poema elegido para la ocasión. Al comienzo de nuestros encuentros su memoria inmarcesible estaba al servicio de poemas tan largos y tediosos como “La Tragedia de Job” y “Anarkos” de Guillermo Valencia, o “Memoria del Cultivo del Maíz en Antioquia”, de Gregorio Gutiérrez González, que transcurre en tres capítulos con 160 cuartetas.

Era la temprana demostración de un don maravilloso que siempre conservó y cultivó, soporte esencial de su inteligencia; porque quien fue más adelante un pensador, un analista y un divulgador era ante todo el poseedor de una pavorosa y extraordinaria memoria. Luego en el resto de su vida no haría sino memorizar, organizar, analizar y guardar cuanto tuvo a su alcance en poesía, literatura, filosofía, marxismo y psicoanálisis. Ya en su madurez debe haber tenido información sobre el prodigio de los computadores, pero antes de que los conociera su cerebro era igual que esos aparatos: una capacidad al parecer infinita de memorizar, de organizar, de analizar y de archivar, con disco especial para las funciones de intertextualidad.

Para alimentar nuestra afición como lectores y recitadores de los poetas colombianos, en la biblioteca de su casa estaban las antologías y ediciones de autores regionales como Gregorio Gutiérrez González, Epifanio Mejía y de los consagrados en el orden nacional como José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Rafael Pombo, Porfirio Barba Jacob, León de Greiff, Rafael Maya, Alberto Ángel Montoya, Luis Carlos López.

Sacados de los mismos anaqueles, rápidamente pasamos a leer los cuentos y novelas de los “clásicos” antioqueños (Tomás Carrasquilla, Efe Gómez,

Francisco de Paula Rendón, Jesús del Corral) y las obras completas de Fernando González, sobre todo *El viaje a pie* que fue nuestro libro de cabecera por un buen trecho.

En el mismo género y porque también estaban en la biblioteca familiar, algún acercamiento tuvimos con novelistas latinoamericanos del estilo de Rómulo Gallegos y José Eustasio Rivera (Zuleta, que por esos días no pudo terminar *La vorágine*, decía que era imperdonable que alguien hubiera escrito este libro y criticaba a Rivera como un autor que procedía de la ciudad y no había entendido la selva como material narrativo, luego en tono jocoso lamentaba que no lo hubieran fusilado por allá en las caucheras para evitarnos su novela, aunque era admirador de sus sonetos). Muy poco avanzamos en la lectura de otros latinoamericanos, tal vez algo leímos de la obras de Borges.

Como nueva oleada del gusto poético de la adolescencia, al dejar los autores colombianos, llegamos a Pablo Neruda y a César Vallejo (éste último, el poeta “de” nuestro amigo Óscar Hernández). Luego pasamos a leer traducciones de Baudelaire, Rimbaud y Rilke.

Tenía Zuleta una manera muy particular de saltar de un autor a otro, o salir de una corriente de pensamiento para adoptar otra. Procedía por deslumbramientos excluyentes. Porque alguien había dicho “es que ustedes no han leído *Luz de agosto*, de pronto sentenciaba: “Esto de Dos Passos es ripio, lo grande es Faulkner”. Y nos sentábamos a leer a Faulkner y quedábamos convencidos: “Los demás no valen nada, este es el novelista”, y Zuleta se metía seriamente en la lectura de las obras que encontrara del escritor sureño. Por ese camino leímos las traducciones de Edgar Allan Poe, Faulkner, Hemingway, Dos Passos, Sherwood Anderson.

En la casa de la calle Cuba y fuera de allí, la memorización de los poemas y la lectura de las narraciones tenía momentos compartidos, en que alguno leía y el otro escuchaba; pero la mayor parte del tiempo cada uno leía lo suyo por separado. Hacia delante me cuidó de no transmitir la imagen de que en las avalanchas de libros que luego nos llegaron, llevara yo el mismo paso, dedicación y profundidad que Zuleta. Él fue desde entonces un profesional de la lectura literaria y filosófica, con la que yo tuve contacto limitado, por dedicarme a otros libros y búsquedas.

Siguiendo con la biblioteca del padre, allí se encontraban ediciones de los clásicos europeos más consagrados, naturalmente Cervantes y Shakespeare. Había traducciones de franceses (Proust, Balzac y Gide), rusos (Gogol, Tolstói), que fueron pasando al registro de aquel lector infatigable y entre los cuales, parcialmente, hice mis incursiones. No recuerdo con claridad que en esa biblioteca hubiera obras de Kafka, Thomas Mann ni Dostoyevski; pero

las que faltaban de estos autores no tardaron mucho en ser incluidas por el nuevo usuario, que los tuvo como autores favoritos por el resto de su vida. Lo mismo ocurrió en los años siguientes con las obras filosóficas de Kant, Hegel; con las de Sartre, Heidegger y demás existencialistas; las de Marx y Engels y sus discípulos, y las de Freud y los de su escuela.

El hecho de que en la casa de Zuleta hubiera un pequeño salón dedicado a biblioteca subraya la condición de una familia con cierto sello intelectual y crea un entorno decisivo en la inclinación de aquel adolescente por los libros. Pero no sólo de la biblioteca paterna y de las compras en librerías de Medellín se nutren las lecturas iniciales. Algunos libros en préstamo se consigue con intelectuales amigos (Fernando González, Fernando Isaza, Alberto Aguirre) y, para los autores clásicos, queda el recurso de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia, de la cual Zuleta fue asiduo visitante. Allí coincidimos con Mario Arrubla y Delimiro Moreno, como lectores y luego como cómplices, para formar una barra de contertulios en el café que estaba en la esquina de Ayacucho con Girardot, donde con tinto y cerveza completábamos las búsquedas librescas.

-C-

De modo simultáneo con esta dedicación de Zuleta a la lectura, ocurren en su vida dos acontecimientos que marcarían su personalidad. Uno es la formación en su entorno de un grupo de amigos que lo acompañan en la búsqueda de un cambio social con la herramienta de la crítica y la discusión, con los que comparte la vida de café y crea un núcleo diferenciado de su generación y de la clase social a que pertenecía. Obviamente participé en ese núcleo de amigos iniciales con otros jóvenes a quienes, en los años siguientes, Zuleta hizo sucesivos cómplices de estudio en la biblioteca de la calle Cuba.

Poco a poco fue estableciendo una especie de ritual para el despliegue de su amistad generosa e inteligencia diferenciada. Llamo “ritual” al compromiso de meterse con seriedad en los libros, de concurrir al café preferido de cada temporada y alternar con amigos comunes que iban acreciendo el grupo, integrado en buena parte por cómplices probados o candidatos a serlo. En un papel que llamaría de “cómplice principal”, después de mi oportunidad muy fugaz (1950), tuvieron la suya Delimiro Moreno, muy brevemente Mario Ochoa y luego Mario Arrubla (1952 en adelante). A comienzos de 1956 Zuleta se trasladó a vivir en Bogotá, donde la dupla Zuleta-Arrubla habrá de reencontrarse y profundizar en un tipo de relación diferente.

Obviamente cada uno de nosotros tenía su propio círculo de afines, de modo que el tejido de inquietudes literarias se extendía por la ciudad y

algunos pueblos, respondiendo con aceptación o rechazo a la influencia del núcleo inicial. Zuleta por su lado también mantenía otros vínculos, a veces de estrecha amistad, como el de Óscar Hernández, su compañero del viaje a Bucarest, y como Gonzalo Arango. Éste promovía paseos hacia el campo, “para acercarnos a la naturaleza”. Yo recuerdo uno por entre yarumos y torrentes en la carretera de Las Palmas y otro a una finquita de su familia en la vereda de Corazón, en el occidente del valle de Aburrá, para leernos los originales de su novela *Después del hombre*, de aburridora ampulosidad. Gonzalo se hizo muy cercano a la familia de Zuleta, pero hacia 1953 ó 1954 se presentó una situación personal muy delicada que produjo un distanciamiento irreversible. Zuleta le guardó, con toda razón, el más profundo de los desprecios intelectuales y personales.

El otro acontecimiento decisivo en la adolescencia de Zuleta es el abandono de los estudios de bachillerato. En 1950, cuando tenía quince años, entró en la lectura de *La montaña mágica* que lo indujo a ausentarse de las clases que debía atender en el Liceo de la Universidad de Antioquia. Presentó y ganó los exámenes de cuarto año, con poco lucimiento porque, cuando los preparaba, cayó en sus manos el libro *Los hermanos Karamasov* de Dostoyevski, a cuya lectura dedicó todo su tiempo. Obviamente no hubo matrícula para el quinto año de bachillerato, porque su proyecto era leer libros en su casa y pasar el tiempo con el grupo de amigos en tertulia intelectual, lejos de la educación formal.

En esos primeros años cincuenta fue llegando a Medellín la avalancha de novelas famosas que circularon en la post-guerra: Aldous Huxley (*Contrapunto*), Malaparte (*La piel*), Virgil Gheorghiu (*La hora veinticinco*), Alberto Moravia (*La romana*); y seguidamente llegaron las obras de Albert Camus, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Maurice Merleau-Ponty, Françoise Sagan y de los demás existencialistas franceses. Viejos y nuevos números de la revista *Les Temps Modernes* completaron un verdadero catálogo de asombros y materias para discusión y estudio.

Aquellos autores y sus cuentos, novelas y ensayos se convirtieron en el tema central de la actividad intelectual, aunque la lectura se repartía de modo irregular; la mayoría leíamos un poco de aquí y allá, algunos despachaban con entusiasmo un determinado género o autor. Zuleta conseguía los libros y revistas de más reciente edición y los clásicos de cada especialidad y los leía, analizaba, criticaba y archivaba en las gavetas sin fondo de su memoria y de su comprensión, encontrando los ángulos que nadie veía ni estimaba.

Este paso a las lecturas de europeos clásicos y contemporáneos marca un cambio de orientación en los conceptos y actitudes de Zuleta y en los nuestros.

Los autores colombianos, latinoamericanos e inclusive norteamericanos nos llevaban a aceptar, como espectadores asombrados, las maravillas ocurridas en este continente, mientras que de Europa nos llegaba la incitación y el adoctrinamiento para asumir un conflicto con el mundo familiar, con las condiciones de la vida local y con el sistema social que la soportaba. De poéticos diletantes debíamos pasar a proactivos apóstoles del cambio personal y político.

Aunque el ambiente de Medellín era clerical, cerrado y de rechazo a cualquier apertura de las ideas y del comportamiento, al principio se nos miraba con alguna tolerancia, tal vez porque eran consideradas como inocentes esas primeras lecturas de quienes llevaban bajo el brazo una obra de Albert Camus. La crisis empezó un poco más adelante cuando Zuleta empezó a leer cosas inauditas y debió enfrentar las observaciones de su familia, de sus parientes y de los responsables de mantener las buenas costumbres y conservar el aislamiento de la comarca contra las perniciosas influencias externas. Hacia el año 1952, partiendo de la narrativa de Sartre llegó a estudiar sus ensayos, los escritos de Simone de Beauvoir y de los demás existencialistas; el *Ser y la Nada*, el resto de obra filosófica sartreana, el pensamiento de Kierkegaard y Heidegger, y simultáneamente entró en Kant, Spinoza, Nietzsche. Más adelante, hacia el año 1953, en Hegel, Marx, Engels y el correspondiente sector de la filosofía alemana, en los grandes conflictos ideológicos del marxismo y la vasta obra filosófica, ensayística y crítica que rodea los escritos de Marx y lo que sigue a la cola del marxismo-leninismo. Como buscaba por todas partes, llegó a Freud, pasando por Stekel y por Fromm y la psicología de la época.

Para el joven Zuleta el complejo proceso de leer y releer un autor o los representantes de una corriente del pensamiento o de una escuela literaria era una navegación sin mapas ni brújulas. Él solo fue descubriendo su camino, porque tenía una gran capacidad de crítica para avanzar y lo que había leído un mes antes ya le parecía obsoleto: “Malaparte es literatura para turistas” –que así dijo– ahora vamos con Proust”, hasta quedarse con los dos novelistas que le duraron toda su vida, Thomas Mann y Fedor Dostoyevski.

-D-

¿En qué momento se da la ruptura de Zuleta con su medio social, con los hábitos burgueses de la familia? No fue un acontecimiento que irrumpiera en ninguna crisis puntual, sino que fue apareciendo desde edad muy temprana, con primeras señales en la infancia por su inadaptación al aprendizaje en las aulas escolares: “Mamá, yo no quiero estudiar en ese

colegio porque me ponen unas tareas que no entiendo”. Algún cura de la Bolivariana llamó a la madre para decirle: “Vea, doña Margarita, llévese ese muchacho que es un bruto, es como tarado; llévelo donde un psiquiatra porque ese muchacho no es normal”.

Cuando llegó al bachillerato la inadaptación se hizo más acentuada, con cuestionamientos expresos: “Mire lo que me enseñan, esto no es educación”. Los profesores lo tenían como réprobo porque él entraba desde el primer día a polemizar, en abierto conflicto con ellos; y él mismo describe en una entrevista cómo había sido su paso por los colegios pagados de Medellín donde solamente por “rosca” (influencias de la familia) lo promovían de curso.

De la Bolivariana, colegio privado y clerical, lo pasaron al Liceo de la Universidad de Antioquia que era oficial y laico, en el que estudiábamos muchachos de otros estratos económicos y donde cursó el tercero y cuarto de bachillerato, sin que llegara a matricularse para quinto año.

Era un hombre inteligente y si se hubiera dedicado cinco minutos a aprender lo que le enseñaban los profesores habría sacado las mejores calificaciones; pero él desde que entraba a la clase adoptaba una actitud contestataria y declaraba la materia como tiempo perdido.

Hay una decisión muy clara desde la infancia en la vida de Zuleta. ¿De dónde viene? Son los misterios de la personalidad. Él resolvió que lo que iba a aprender lo aprendería solo, que no admitiría que nadie le enseñara nada, mucho menos unos profesores acerca de los cuales él anteponía mucho la valía de la persona antes que sus conocimientos: “Pero ‘Rellena’ ¿cómo puede ser profesor de literatura? Con esa barriga y esos cachetes ¿cómo puede enseñar *El Quijote*?”. Luego asumía en serio la tarea y se leía su *Quijote*, pero él no creía en *El Quijote* de “Rellena”, aunque éste podía conocer muy bien la obra de Cervantes y explicárnosla al resto de alumnos.

Su actitud fue suavemente contestataria, desde el principio: “¿Tú que vas a estudiar?” “¿Yo, estudiar? Pero si a mí lo que me gusta es Thomas Mann”, así, poco a poco, con suavidad frente a la familia. La madre miraba aquello con mucha tolerancia, pero con la preocupación de saber que su hijo no sería abogado, ni ingeniero, ni doctor; mientras, los demás parientes y el entorno social de Medellín daban su descalificación al muchacho que se dedicaba a leer en vez de conseguir el cartón de bachiller y que, viniendo de una familia conservadora y burguesa, quería ser intelectual.

La única disciplina que cumplía con persistencia era recibir clases de alemán, dictadas a domicilio dos o tres veces en la semana por el profesor Hans, un personaje chaplinesco, de nariz judaica, sobre el cual Zuleta hacía muchos chistes. ¿Para qué estudiar alemán en Medellín, en esa época?

La aplicación con que seguía esas clases resultaba un hecho muy curioso en Medellín, así que no faltaron descalificaciones, adicionales a las que ya recibía, para quien se dedicaba a una lengua tan extraña e inútil en vez de terminar su bachillerato.³

No encuentro otro símil más exacto sobre lo que era Medellín en 1950 que una sacristía, con la más absoluta censura para el pensamiento o para la acción cuando éstos se salían del marco establecido por la iglesia católica. Conseguir un determinado libro, porque era nuevo o estaba “prohibido”, podía ser muy complicado. Librería que mereciera ese nombre no existía sino la Continental. La Dante era medio clandestina y allí los libros circulaban casi por debajo de la mesa, dentro de una atmósfera de misterio.

Zuleta decía algo muy profundo que después dejó escrito en alguna entrevista: “Medellín era una ciudad muy cómoda para vivir, donde en pocas cosas había que utilizar el cerebro, porque a uno le decían lo que tenía que pensar, lo que tenía que hacer, lo que tenía que decir, con quien tenía que casarse, cuáles libros podía leer, a qué películas podía ir. Estaban resueltas además las grandes preguntas de la filosofía: de dónde venimos, qué somos, para dónde vamos”.

La actitud anti-religiosa era consecuencia lógica de una adopción filosófica humanista y de un pensamiento racional. Sobre esa materia no se generó en su casa ningún conflicto, porque en Antioquia siempre hubo una tradición liberal que acepta desde el principio en el seno de la familia que “ese muchacho no va a misa”. Zuleta a los curas ni siquiera los combatía ni se les enfrentaba, se limitaba a convertirlos en objeto de sus bromas, así que cuando alguno de ellos pasaba por la acera frente al café le tiraba mamoncillos o le jalaba la sotana; o les silbaba a las monjas que se dejaban ver en la calle.

No éramos de los que entraban a las iglesias a pisotear hostias, como hicieron algunos de los nadaístas. Ni siquiera llegamos a polemizar con el clero. Nunca les concedimos ninguna existencia intelectual, porque el ridículo intelectual que ofrecía, desde el púlpito, desde las procesiones o desde la

3 El profesor Hans era motivo de bromas irrespetuosas por parte de los amigos de Zuleta. Cuando lo encontrábamos en algún café, el hombre se paraba ante la mesa a saludar a Zuleta, pero por su timidez era incapaz de despedirse. Lo intentaba, comenzaba algo así como una frase de despedida, pero la timidez lo frenaba, y empezaba con otro tema. Los de la barra hacíamos fuerza hasta que al fin Hans lograba balbucir un adiós y seguir de largo, pero cuando ya se había dado la vuelta y alejado unos pasos, uno del grupo lo llamaba en voz alta: “Eh, profesor!” Hans se detenía, volvía tras sus pasos y otra vez se paraba ante la mesa, como quien dice ante el potro de tormento. El ‘Cicuta’ que lo había llamado guardaba un momento silencio, hasta que decía: “Perdón, profesor. Se me olvidó lo que le iba a preguntar...”.

vida en religión, era de tal naturaleza que cualquier tema de conversación con un clérigo caía al nivel de lo risible.

Frente a este ambiente cerrado, su inteligencia desbordante y analítica, esencialmente crítica, desarrolla una actitud de respuesta y va alimentando una capacidad de leer, de asimilar, de analizar y de armarse contra aquel mundo, nunca con odio sino con humor. Su actitud frente a todos esos rezagos medievales que sobrevivían en el ambiente familiar y parroquial era de “mamadera de gallo”. Él se moría de la risa de esas cosas: había un cura que iba por los cafés y con una valija grande pedía limosna, entonces Zuleta le echaba un centavo de limosna y encima de la moneda le vaciaba una cerveza dentro la valija.

Contra el ambiente clerical ha existido históricamente en Antioquia una corriente librepensadora, de radicalismo local que viene desde el siglo XIX. El general Trujillo ganó una de las pocas guerras civiles a nombre de los radicales y entró vencedor a Medellín, y detrás de él estaba Juan de Dios Uribe, “El Indio Uribe”. Luego tuvimos a Rafael Uribe Uribe y Antonio José Restrepo, anticlerical, y unos pocos pero importantes antioqueños de pensamiento liberal: B. Sanín Cano, Efe Gómez, Pedro Nel Gómez, Luis López de Mesa y Gerardo Molina. Ni Zuleta ni ninguno de nosotros era el primero en la repulsa contra aquella teocracia.

¿Y respecto a las mujeres? Un rasgo muy acentuado en la personalidad de Zuleta durante su adolescencia y primera juventud es que sufría de una gran timidez frente a las mujeres. Todos teníamos alguna novia. Él no, aunque era de figura muy varonil, con simpatía y actitud seductora. En una época esperaba en la esquina del café Miami que pasara “la inglesa”, una niña muy bonita y con una figura elegante muy diferente al arquetipo de la antioqueña. “Ahí viene la inglesa”, y Zuleta se salía del café a verla pasar, sin decirle nada, sin que ella se enterara de la existencia de ese admirador que tuvo por años.

Hasta que nos vinimos a vivir a Bogotá en 1956, cuando tenía veintinueve años, muy poco salió de Medellín. Es decir, allí estuvo prácticamente encerrado, como era usual entre los de nuestra generación. Encerrado físicamente, pero su mente, su capacidad inquisitiva, su enriquecimiento cultural estaban muy lejos de aquel ambiente pobre, porque había conseguido evadirse por medio de la lectura y por su actitud de creer posible un mundo diferente. Respecto a salidas para conocer otras regiones del país, hay memoria de un paseo en bus a Bogotá, en el que Zuleta participó con Rómulo Naranjo, Delimiro Moreno y Abelardo Ospina. En cuanto a viajes fuera del país, sólo viajó una vez, en 1953, a un congreso de juventudes comunistas en Rumania. Estos congresos se celebraban cada dos o tres años para reunir a

los jóvenes de izquierda, no necesariamente militantes del Partido Comunista. Él, que entonces tenía dieciocho años, fue invitado, pero pagando su tiquete. Se fue con Óscar Hernández a Bucarest y de regreso pasaron por Viena y por París, deslumbrados con la primera visión del viejo mundo, pero con bastantes restricciones económicas. Algunos han dicho que disfrutaron de París y que Zuleta se fue a hablar con Sartre en el Café de Flore y luego a comprar los últimos libros y publicaciones de vanguardia. Me parece una idealización romántica, ajena a la realidad. Un par de revistas sí trajo, pero el centro de su anecdotario eran las operaciones de “rebusque” para sobrevivir a indecibles limitaciones de dinero en su única salida a Europa.

Ignoro si a su regreso de Bucarest en la interioridad de su pensamiento se había definido como un hombre de izquierda; pero el medio antioqueño lo definió desde entonces como de izquierda para el resto de la vida, porque cualquiera que hubiera estado en un congreso comunista ya quedaba matriculado para siempre bajo ese rótulo y él obviamente no estaba para contradecirlos en esos anatemas.

Dos. –El centro literario Barba Jacob

Los afiliados al Centro Literario Porfirio Barba Jacob eran estudiantes de últimos años de bachillerato y primeros de carrera, casi siempre de la Universidad de Antioquia, con rotación que se cumplía cada dos o tres años, cuando un nuevo grupo de jóvenes inquietos entraba a sustituir a quienes se iban alejando para cursar los últimos años de abogacía, ingeniería o medicina.

Yo había ingresado en 1950 y coincidí al principio con Francisco Henao, Gonzalo Arango, Héctor Tobón, José Osorio Gallego (“Job Ronsel”), Alfredo Méndez Robayo (que no era estudiante sino obrero o artesano). Después, en 1951 y 1952 fueron llegando Rómulo Naranjo, Hernando Sierra Mejía, Delimiro Moreno, León Chávez Villa, Miguel Montoya Vélez, Luis Mejía García, Ramiro Agudelo, Jaime y Hernán Mejía Valencia, Rodrigo Sánchez Giraldo (Sangiral) y Estanislao Zuleta. No me da la memoria para los nombres de dos o tres mujeres, estudiantes del Instituto Central Femenino (que bajo el gobierno conservador de entonces se llamaba Instituto Isabel La Católica), a las que, en actitud renovadora, invitamos y que participaron en las reuniones. Aquéllos y éstas fueron los últimos integrantes del Centro Barba Jacob, sin que todos los nombres de la lista hayan coincidido en una fecha determinada porque algunos ingresaron cuando otros ya habían dejado de asistir. Fue además la última generación que lo integró porque después de nosotros el Centro se disolvió.

El Centro tenía estatutos, se llevaba –por el secretario– un libro de actas de las sesiones,⁴ las cuales, al final del período en que fui socio, se hacían los sábados por la tarde en la Biblioteca Municipal Santander. En la amplia casona que la Biblioteca ocupaba en la calle Bolivia, el director Bernardo Blair Gutiérrez había asignado para las reuniones del Barba Jacob el patio de atrás que, cubierto con una marquesina y dotado con el mobiliario de un salón de clases, era escenario para las tardes sabatinas. Como trabajo de admisión el aspirante debía presentar un escrito de creación literaria. Para someterlos a la crítica de los demás socios, leíamos nuestros poemas, cuentos, ensayos o críticas a libros que creíamos novedosos o que iban apareciendo en ediciones colombianas (como ocurrió con las novelas *Una mujer de cuatro en conducta* y *El Cristo de espaldas*).

Yo fui secretario y presidente reelegido un par de veces. También Zuleta ocupó la presidencia, para la cual había cierta rotación. En el calor de algunas discusiones nos dejábamos llevar a una imitación del parlamento, entonces cerrado bajo los gobiernos conservadores y la dictadura militar: “Pido la palabra, señor presidente”. “Solicito una interpelación”. “No concedo interpelaciones”.

Seleccionado un escritor (Guillermo Valencia, Luis Carlos López, León de Greiff, el mismo Porfirio Barba Jacob), procedíamos a un juicio sobre su obra, con intervención de un fiscal que se suponía debía atacarlo y un defensor, con decisión final que se votaba por los demás socios. Alguien ha dicho que el Centro decretó su propia desaparición cuando los socios emitimos un fallo condenatorio sobre la calidad de los versos del mismo Porfirio. Ese episodio no lo tengo claro en mis recuerdos, pero no me parecería extraño un veredicto de esa naturaleza como uno de tantos gestos iconoclastas que practicábamos.

Había debates religiosos sobre los dogmas y la historia de la Iglesia Católica y debates políticos alrededor del marxismo, más exactamente de la ideología comunista-leninista, para atacarla o exaltarla como solución para los inmensos males que agobiaban a Colombia y a América Latina. Bajo ese enfoque, las prédicas revolucionarias estaban a cargo de los hermanos Jaime y Hernán Mejía Valencia y su seguidor Ramiro Agudelo, portadores en esa época del “sarampión” de los manuales estalinistas. Dignos de memoria son los términos en que Agudelo manifestaba a veces sus posiciones: ‘Yo estoy de acuerdo con lo que va a decir Jaime Mejía Valencia...’.

4 Cuando el Centro dejó de funcionar hacia 1955, sus libros de actas quedaron en la casa que ocupaba la Biblioteca Santander en Bolivia con El Palo. Si alguna otra biblioteca de Medellín heredó los “papeles varios” de la Santander, ya desaparecida, es posible que entre ellos se encuentren los archivos del Barba Jacob.

Actividad importante era la lectura y recitación de versos, pues conviene recordar que esa generación tenía una especial preferencia por el acceso a la poesía en forma oral y en voz alta. En la Biblioteca Santander organizamos algunas sesiones públicas en las que intervinieron recitadores propios e invitados que declamaban poemas de Barba Jacob, Neruda, Vallejo, León de Greiff y los que estuvieran de moda. Entre esos recitales tuvimos una especie de foro nacional de poesía con invitados de distintos sitios del país, del cual fue centro de atención una bella poetisa que se llamaba Dolly Mejía. Fue una reunión para la que consiguió patrocinio Jorge Montoya Toro, director del suplemento literario de *El Colombiano*.

También tratamos de impulsar un monumento a Barba Jacob, y recogimos algún dinero para pagarle a José Horacio Betancur, escultor de la época, que hizo una hermosa maqueta inspirada en el verso de Porfirio *era una llama al viento...* Poco tiempo después de recibir nuestro encargo el escultor se suicidó. No recuerdo si había fundido el busto alegórico y si alguien lo colocó en el Cementerio Universal, donde reposan los restos del poeta y donde teníamos el proyecto de instalarlo.

En público o en privado, en las sesiones sabatinas del Centro y en las tardes y noches del café, el declamador que nos emocionaba y considerábamos modelo en la actitud de sentir y decir la poesía se llamaba Rodrigo Sangiral, pseudónimo que había adoptado Rodrigo Sánchez Giraldo, periodista y cuentista que por años fue socio del Barba Jacob. Era empleado de la fábrica Noel, ganaba dinero y promovía una bohemia ingenua, en la que pagaba las cuentas de cerveza, para recitar *La estrella de la tarde*, *La lamentación de octubre*, *La elegía de septiembre*, *La parábola del retorno*, *Acuarimántima* y, cuando la noche avanzaba, *La canción de la vida profunda* y *Los desposados de la muerte*.

Como gran novedad que vino a enriquecer nuestro bagaje de recitadores, llegó el descubrimiento de César Vallejo, impuesto con entusiasmo por Oscar Hernández: “Todo eso que ustedes están leyendo es paja, el gran poeta es Vallejo”, y nos metimos en aquella riqueza insondable que es su poesía y ahí nos quedamos un tiempo largo. Después hubo otro deslumbramiento maravilloso de la mano de Carlos Castro Saavedra quien, a su regreso de algún encuentro literario-político que había tenido lugar en Chile, trajo un acetato que pudimos escuchar en el tocadiscos que había en la casa de Zuleta. Allí oímos la voz gangosa y somnolienta de Neruda: *Del aire al aire, como una red vacía, / iba yo entre las calles y la atmósfera, llegando y despidiendo / en el advenimiento del otoño la moneda extendida / de las hojas, y entre la primavera y las espigas, / lo que el más grande amor, como dentro de un guante / que cae, nos entrega como una larga luna*. Eran las “Alturas de Machu Pichu”. Lo escuchamos tantas veces que nos lo aprendimos sin necesidad de

leerlo en ninguna parte y en mi memoria se conserva hasta ahora, a pesar de ser un largo poemario. Tenía yo entonces buena capacidad para aprender versos de memoria, aunque en grado inferior a la de Zuleta.

El Barba Jacob trató de formar su pequeña biblioteca, con libros de ensayo o literatura contemporánea que, cuando no estaban prestados a algunos de los socios, reposaban en una vitrina en el salón que teníamos asignado en la casona de la calle Bolivia.

La biblioteca Santander nos brindaba un sitio de reunión para el centro literario, pero muy poco nos ofrecía en cuanto a la lista de los libros que queríamos leer, ya que sus estanterías y vitrinas estaban llenas de enciclopedias y diccionarios para tareas escolares y de las ediciones latinoamericanas y colombianas más tradicionales y conocidas, menospreciadas por nosotros. La biblioteca de la Universidad de Antioquia, situada en Ayacucho con Girardot, disponía de mejores títulos y ediciones y en ella algunos del grupo gastamos largas horas en lecturas de filósofos y narradores. Zuleta y Delimiro Moreno eran los más asiduos lectores en compañía de Mario Arrubla, cómplice en la actitud de escaparse de clases para meterse en la biblioteca o tomar tinto en el café de Girardot con Ayacucho.

Otro sitio para buscar libros de nuestro interés era la librería Continental que fue la que mantuvo en Medellín un mínimo aprovisionamiento de las ofertas europeas y latinoamericanas con escritores clásicos y modernos que se apartaban de las biografías y demás obras estilo Emil Ludwig y Stefan Zweig, *best sellers* de la época. De tanto pasar por la Continental para mirar las novedades en la vitrina o para preguntar por algún encargo que difícilmente podíamos financiar, llegamos a ser conocidos del propietario, don Rafael Vega, y de su ayudante Hugo González. Las ediciones que por años alimentaron la curiosidad de los lectores de Medellín eran las de Losada, Claridad, Tor, Fondo de Cultura Económica, Diana, Sopena, Aguilar, con autores argentinos, mejicanos, unos pocos españoles y traducciones de los europeos y norteamericanos. (Conservo con orgullo las obras completas de Shakespeare, en un tomo editado por Aguilar que Zuleta, con exaltada dedicatoria, me regaló cuando terminé bachillerato). Quedaba otra librería, la Dante, a la cual recurrir para buscar lecturas del radicalismo decimonónico y otros libros “prohibidos”. Como no había más bibliotecas ni librerías en las cuales buscar las obras y revistas que nos sentíamos obligados a conocer, quedábamos pendientes de los encargos que con algún amigo hacíamos a Bogotá.

El Barba Jacob no era un grupo de estudio. De modo excepcional hicimos intentos en esa dirección, como cuando Germán Posada Mejía, biógrafo de Barba Jacob y estudioso de su obra, nos dictó un cursillo sobre investigación bibliográfica. Era un centro literario donde se intentaban

discursos, se leía en voz alta y se recitaban versos con aire trascendental. A la salida, en las noches del sábado, las recitaciones se trasladaban a la mesa del café y allí, para quitarle seriedad a los versos, los del grupo, especialmente Zuleta, teníamos la costumbre de parodiar a poetas consagrados o alterar el orden de determinados versos de Guillermo Valencia y otros versificadores. El juego era tomar, por ejemplo, la primera estrofa de “Los Camellos” y dar cualquier orden a sus versos: 2,3,4,1; ó 3,4,1,2; ó 4,3,2,1; etc., para demostrar que con esas alteraciones seguía manteniendo algún sentido:

1. Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
2. de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
3. los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
4. a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

En el orden 3,4,1,2 viene a quedar:

Los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia,
dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia.

Lo mismo se puede hacer con “Cigüeñas blancas”, sobre cuyo primer cuarteto dejamos al lector el juego de barajar los versos:

1. De cigüeñas la tímida bandada,
2. recogiendo las alas blandamente,
3. paró sobre la torre abandonada
4. a la luz del crepúsculo muriente.

Y con “Anarkos”:

1. En el umbral de la polvosa puerta,
2. sucia la piel y el cuerpo entumecido,
3. he visto, al rayo de una luz incierta,
4. un perro melancólico, dormido.

Pero este privilegio no sólo lo tienen los poemas de Valencia. Veamos este cuarteto de “La muerte del novillo”, de Epifanio Mejía:

1. Ya prisionero y maniatado y triste,
2. sobre la tierra quejumbroso brama,
3. el más hermoso de la fértil vega,
4. blanco novillo de tendidas astas.

Idéntico juego hacíamos con estrofas escogidas en los sonetos de José Eustasio Rivera:

1. Atropellados, por la pampa suelta,
2. los raudos potros, en febril disputa,
3. hacen silbar sobre la sorda ruta
4. los huracanes en su crin revuelta.

Tres. —*Letras universitarias, Crisis y Junio*

Entre los distintos intentos de crear periódicos y revistas, los que realmente existieron y a cuyos grupos de redacción pertencí en la época de Medellín fueron la revista *Letras Universitarias* y el periódico *Crisis*.

Letras Universitarias era una revista que por muchos años se publicaba en la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia, en forma discontinua, bajo la dirección de los estudiantes que tuvieran inclinación por esas actividades. Había que conseguir los artículos, alguna publicidad que concedían las empresas antioqueñas, y con tales materiales la imprenta de la Universidad ponía el papel y hacía gratis el trabajo de linotipo y de impresión. Con la codirección de Francisco Restrepo Vélez publicamos dos o tres números, hacia 1953. Luego en asocio de Luis Guillermo Velásquez hicimos lo mismo en 1955, con el resultado comercial de que uno de los avisos fue canjeado por la empresa de aviación Lansa por un pasaje que me sirvió para viajar a conocer a Bogotá en ese año y participar como orador en el Cementerio Central en la tumba de Uriel Gutiérrez, con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte de los estudiantes bajo el gobierno de Rojas Pinilla, hechos que habían ocurrido el 8 y 9 de junio de 1954.

En una de las ediciones de *Letras* colaboró Zuleta con la que llamó “Columna del Igúmeno”, bajo pseudónimo tomado de una novela de Dostoyevski. Más de un lector de la revista se me acercó a protestar por la oscuridad de aquel texto y a pedirme claves para su interpretación. Seguramente pensé que no tenían la cultura necesaria para entender el análisis tan trascendental que allí se hacía, hasta que descubrí, años después, que entre linotipista y armador habían producido un “empastelamiento” de los párrafos publicados que había dejado al Igúmeno convertido en un galimatías.

Algunos biógrafos y cronistas han querido convertir la figura de Zuleta en una especie de agujero negro que atrae y absorbe los ideales, las tentativas, las realizaciones (también las frustraciones), los protagonismos

y hasta muchas de las anécdotas de la generación a la cual perteneció. Los párrafos siguientes buscan restablecer un par de verdades objetivas en relación con el periódico *Crisis*, fundado en Medellín en 1956 por Virgilio Vargas, Ramiro Montoya, Delimiro Moreno y Mario Arrubla. En realidad eran estos dos últimos quienes llevaban el peso de la redacción. Nos acompañaron en los primeros números Ramiro Jaramillo y Bernardo Muñoz. En la “manchette” del periódico apareció siempre un Comité de Redacción en el cual, de un número a otro, se producían algunos cambios, pero es de observar que el nombre de Estanislao Zuleta en ese comité, puramente nominal, no figura sino en el número siete, de doce números que de *Crisis* se publicaron. En ninguna edición de *Crisis* aparecen artículos escritos por Zuleta, por lo que puede decirse que su relación con tal periódico se redujo a ser amigo de quienes lo fundaron y lo escribían. Zuleta fue ciertamente un entusiasta lector de *Crisis*, en Medellín y Bogotá, a donde le fueron llegando los ejemplares que con empeño tenaz publicaron sus verdaderos editores, hasta que el periódico dejó de publicarse en los comienzos de la década del sesenta.

Cuando fuimos a vivir en Bogotá, yo me vinculé como miembro del comité de redacción y columnista del periódico *Junio*, dirigido por Armando Yepes, en el que participaban Francisco Posada, Eduardo Suescún, José Arizala, Eduardo Gómez, Carlos Rincón. En algunos números figuró María del Rosario Ortiz que después fue la primera esposa de Zuleta, pero éste no figuró entre los redactores y su colaboración se redujo a algún reportaje o escrito colectivo sobre temática de psicoanálisis. Digamos que sí estuvo en el grupo que se llamó del “Medio siglo” que daba soporte al periódico y que tuvo alguna participación en el movimiento estudiantil que culminó con la caída de Rojas Pinilla el 10 de mayo de 1957. Ese movimiento que integrábamos Eduardo Gómez, Rafael Maldonado, Zuleta y otros amigos, bajo la dirección de Raúl Alameda Ospina, tuvo continuidad después de la caída de Rojas Pinilla con el nombre de Frente Obrero Estudiantil, el cual en los años sesenta de cierta manera se transformó en el MOEC.

En 1962 Mario Arrubla y Estanislao Zuleta fundaron el PRS, Partido de la Revolución Socialista, y publicaron la revista *Estrategia*. Esos acontecimientos ocurren en una época ubicada más allá de la primera juventud, límite de estos recuerdos, pero lo traspaso sin extenderme en el tema para observar que fue Mario Arrubla quien escribió y editó los textos principales de los tres números que se publicaron de *Estrategia*, si bien las ideas esenciales que inspiraron el PRS fueron concebidas por él y EZ de manera conjunta.

Cuatro. –Paseos al valle del río la Mosca

Para mí la poesía es un género de ficción, como la novela o las memorias.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Para la temporada de diciembre y enero, cuando las familias antioqueñas tienen la costumbre de organizar su traslado al campo, la de Zuleta se iba al valle del río La Mosca, al oriente de Medellín, donde el marido de una de sus tías, de apellido Arbeláez, tenía una finca de recreo, con amplia casona y suficiente espacio para acomodar a propios e invitados. Seguramente en su adolescencia y juventud Zuleta disfrutó de otros sitios para pasar “puentes”, navidades y vacaciones, pero este, sin duda, era el lugar de sus preferencias, por las seguras rutinas familiares y la belleza y condiciones del entorno. Me parece recordar que en tres ocasiones lo acompañé a aquel retiro campesino: en un domingo muy lluvioso que pasamos reclusos dentro de una fonda, en otro soleado y luego para un fin de semana de algún enero, cuando los días en esa región son de una transparencia luminosa.

Por carretera de trazado antiguo, muy adelante del pueblo de Guarne, siguiendo la orilla del río La Mosca se llegaba en carro hasta la fonda caminera que era el punto de referencia y centro de aquella vereda. Libre de confines, el valle parecía esperar al viajero, completamente plano y de una quietud tranquilizante. En todas direcciones la tierra aparecía surcada con las siembras de papa y arracacha, apenas interrumpidas por la mancha de los maizales con sus trepadoras de fríjol. “El verde de todos los colores” asaltaba no sólo la vista sino el sentido del tiempo, trayendo una sensación de haber retrocedido hacia un instante edénico.

El río serpenteaba por el valle, haciendo pereza en amplios remansos. La carretera polvorienta con el paso de los buses y los autos, de las cabalgaduras y alguna recua, llenaba de polvo amarillo los cercados y el corredor frontal de la tienda a la cual arribaban los pasajeros de los vehículos y los jinetes y arrieros. Dentro de la tienda, de pie contra el mostrador o sentados en bultos de cerveza o costales de papa, nos instalábamos a tomar cerveza “al clima” y a escuchar bambucos y pasillos. O nos quedábamos en el corredor para conversar “en hiperbólico cuasi mentir”, mientras mirábamos los cercados que se perdían en el horizonte, hacia donde la vista seguía hileras infinitas de plantas de fique, los palos de maguey en alto.

En la charla era cuestionado Fernando González porque en alguna de sus obras sostenía que el paraíso terrenal había estado en el valle de Aburrá, en

los linderos de Envigado con Itagüí, mientras nosotros teníamos evidencia en contrario con sólo mirar aquel recodo campesino.

De manera invariable, cumplíamos un ciclo de compenetración con el ambiente de la fonda: en la mañana, reencuentro con música y paisaje, sabores y colores; suave euforia de cerveza, preparándonos para el almuerzo, planeando algún paseo para ir a bañarnos a los charcos del río. Al anochecer, disfrute del aguardiente que en ese sitio se tomaba acompañado de pedazos de panela o confites; efusión amistosa que nos llevaba a charlar o bromear con el dueño o con los otros parroquianos, hombres del lugar que también bebían o entraban a comprar sus provisiones, y recuerdo de poemas con raigambre y nostalgia campesina que se adecuaban a la situación: *Cordero tranquilo, cordero que paces / tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía: / Hundiendo en el lodo las plantas fugaces / huí de mis campos feraces/ un día.*

Se pasaba la hora de ir a almorzar a la casa de los parientes de Zuleta que nos habían invitado y llegábamos retrasados a la succulenta mesa. Pero al caer la tarde regresábamos a la fonda para integrarnos a un bullicio casi tumultuoso: a esa hora el público era de campesinos retrasados en su regreso a la parcela (algunos ya estaban borrachos y discutían entre ellos), de chalanos pretenciosos, acompañados de lindas mujeres de ciudad. Sin apearse, ellos tomaban trago y ellas pedían gaseosa, mientras las bestias caracoleaban frente a la tienda que adquiría un aire de feria.

Por la falda abajo del tiempo caen los contornos de una conversación de hombres jóvenes, en el corredor, mirando las bellas amazonas. Alguno de nuestro grupo echó mano de un concepto machista: “Hacen bien en no tomar trago, porque no hay virginidad que aguante tres aguardientes”. ¿Fue allí o en otra feria? Lo que me atrevo a asegurar es que la observación fue de Zuleta, quien desde muy joven suplía su falta de experiencia en temas sexuales con dichos sacados de la ramplonería popular; pero lo hacía en un curioso tono, como si se burlara de la validez del proverbio.

Entrada la noche, en la fonda, aparecían tipleros enruanados que templaban para llevar serenatas: (...) *Abre el balcón y el corazón / mientras que pasa la ronda. / Mira mi bien que yo también / tengo una pena muy honda. / Para que estés cerca de mí / te bajaré las estrellas...*

A veces nos desviábamos del camino entre la casa y la fonda, y tomábamos algún sendero para acercarnos al río que formaba grandes charcos contra los barrancos. En un día de enero, cuando el aire en esa región es cálido y transparente, surgió el programa de ir a nadar en aquellas aguas con fama de ser muy frías. Yo no me metí, porque al aproximarnos me pareció que el charco era más sombrío y profundo de lo esperado, o simplemente porque no había llevado pantaloneta de baño. El hecho es que permanecí

en la orilla, un poco alejado del enorme estanque natural. Con deportiva decisión, Zuleta y alguno de sus parientes se metieron a nadar en el charco hacia la rivera que tenía apariencia de mayor profundidad.

Un grupo de muchachos de la región tenía armado una especie de recreo en la misma orilla; los más pequeños jugaban sin meterse al agua, los adultos bebían a pico de botella “tapetusa”, aguardiente de la región. Me ofrecieron un trago y me explicaron que era destilado a partir de la penca del maguey, en alambique escondido de algún personaje de la comarca.

Vi cuando un muchacho campesino empujó a otro, un poco más grande, en el sitio donde el charco parecía más caudaloso. Arrastrado aguas abajo, el que había sido empujado sacaba sus manos del agua, buscando el aire, tratando de flotar, pidiendo ayuda en un silencio que se extendió por segundos.

Como si hubiera estado entrenado para intervenir en aquel dramático momento, con gran destreza y seguridad, Zuleta se zambulló en el torrencioso charco y en un instante salió a la orilla con el muchacho cogido del pelo. Todos corrimos hacia el rescatado, para reanimarlo, los parientes más cercanos para ayudar a quitarle los zapatos y la ropa chorreante; y los amigos del oportuno salvavidas para celebrar su hazaña y confirmarlo como un gran nadador.

Con alguna desviación o sin ella, como a una cita ineludible, volvíamos a la fonda caminera y al intento de integrarnos a aquel mundo de bohemia rural que nos parecía detenido en el tiempo. Antes de caer la noche, seguramente Zuleta estaba otra vez hablando de *La Montaña Mágica*, o alguien, con la sensibilidad afectada por el aguardiente y las resonancias pastoriles, había empezado a recitar “La estrella de la tarde”: *Un monte azul, un pájaro viajero, / un roble, una llanura, / un niño, una canción... Y, sin embargo, / nada sabemos hoy, hermano mío. / Bórranse los senderos en la sombra; / el corazón del monte está cerrado; / el perro del pastor trágicamente / aúlla entre las hierbas del vallado (...)*

Versos repetidos, en tono trascendental, en un corredor del valle del río La Mosca. También, a veces, lo que se decía era algún acomodo de versos, como éste que he visto recogido por un cuentista en fecha reciente, siempre renovado material de broma, que utilizábamos bajo distintos ritmos y métricas: (...) *esta rosa fue testigo de esos, que si camellos de elásticas cervices no fueron, debieron ser potros atropellados por la pampa suelta, que en tu balcón vinieron sus nidos a colgar.*⁵

5 Octavio Escobar Giraldo, “Nino Bravo que estás en los cielos”, en *Un siglo de erotismo en el cuento colombiano*, compilación de Oscar Castro García, editorial U. de A. 2004, pág. 420.

Cuatro bis. –Coda sobre otro paseo y otro salvamento

*Oh Bolombolo de cacofónico
o de ecológico nombre onomatopéyico y suave y retumbante,
oh Bolombolo!*

LEÓN DE GREIFF, 'FANFARRIA EN SOL MAYOR'

Después de haber escrito mi crónica de los paseos al valle del río La Mosca, llegó a mis oídos la historia de que la condición de buen nadador que tenía Zuleta había propiciado otra hazaña de salvamento por la misma época. El paisaje de fondo es completamente distinto porque estos hechos transcurren en el río Cauca, hacia los lados de Bolombolo.

Desde el clima medio de Medellín la visión que teníamos de las tierras calurosas, de la naturaleza tropical, era la de un mundo distante, al cual podíamos acercarnos durante un mes de vacaciones o unos días de excursión pasajera pero con el cual estaba excluido un trato continuado. La literatura colombiana estaba invadida por la exuberancia de un territorio que nos había dejado desde *Risaralda* de Bernardo Arias Trujillo hasta *La vorágine* de José Eustasio Rivera, pero esa narrativa y los demás textos de temática tropical eran considerados como lecturas de una etapa ya superada. Las únicas referencias al trópico como elemento literario que tenían la aceptación y entusiasmo del grupo eran las creaciones poéticas de Luis Carlos López sobre Cartagena y el ámbito caribe, y las de León De Greiff sobre Bolombolo y las comarcas aledañas al río Cauca.

De Greiff vivió en esa región de 1926 a 1927, como empleado en las obras del Ferrocarril de Antioquia, y en el *Libro de los Signos* incluyó diez poemas sobre el País de Bolombolo, como “Música de Cámara” y “Al Aire Libre”. Luego en *Variaciones Alrededor de Nada* publicó “Canción de Rosa del Cauca” y “Relato de Ramón Antigua”, poemas capitales con los que completa el ciclo sobre las vivencias en aquella región “salida del mapa”.

Buscando un acercamiento a los exóticos paisajes descritos por De Greiff, cinco jóvenes ciudadanos tomaron rumbo de Medellín a Bolombolo en una Semana Santa de comienzos de los cincuenta: Zuleta, Delimiro Moreno, Gonzalo Arango, Mario Arrubla y alguien cuyo nombre no he logrado precisar. Sin respeto alguno por el río, algunos de ellos cometieron la audacia de meterse en las caudalosas aguas que por allí se encajonan entre altas paredes de basalto, formando remolinos y corrientes terriblemente peligrosas. Los más cautos ni siquiera hicieron intento de bañarse. Delimiro se limitó a chapucear en un charco de la orilla, con tan mala suerte que perdió el

control y fue arrastrado hacia aguas profundas. Como era mal nadador fue llevado por la furiosa corriente, en pocos segundos se hundió, y apenas se le vio sacar la mano casi una última vez varias decenas de metros corriente abajo. Zuleta se lanzó al río torrentoso, logró zambullirse y darle alcance, tomarlo del pelo (que no era mucho), y salvarlo. Fue un rescate hazañoso y casi milagroso, dado lo terrible del caudal en ese sitio. De un borrador escrito por Delimiro sobre aquel episodio, reproduzco su versión de los hechos, vistos a cincuenta años de distancia:

Estaba yo retozando a la orilla del traidor Cauca, cuando de pronto me hundí. Logré sacar la cabeza y gritar a Zuleta, el único que estaba cerca, y sumergirme otra vez en el río. Otro esfuerzo, y apenas pude sacar una mano para hundirme de nuevo, en mi opinión ya sin remedio. Había leído en “Selecciones del Reader’s Digest” que lo último que sentía un ahogado era una música, originada por la presión del agua sobre sus oídos. Escuché la música... y me abandoné a mi suerte hasta cuando sentí que me cogían del pelo. Colaboré esperanzado con mi salvador y, apenas saqué la cabeza, Zuleta me gritó: “Hijueputa, que te ahogás”. Vi entonces el más hermoso paisaje de mi vida: ¡La Naturaleza tenía el resplandor del primer día! Esa tarde ofrendé a Zuleta el único pez que los improvisados pescadores habíamos sacado del río, engarzado en mi anzuelo. Estanislao contaba que apenas escuchó mi primer llamado nadó hacia el lugar, río arriba, y cuando miró hacia atrás, río abajo, vio mi mano y se devolvió buscándome. Me encontró y cogiéndome de mis ralos cabellos, empezó a sacarme, elogiándome después porque en lugar de lo que hacían otros en similares circunstancias, no me agarré de él y traté de colaborar nadando. Así, al gran nadador que era Zuleta debo el no haberme ahogado en el colérico río Cauca.

Cinco. –*Moulin-Rouge* y los desterrados de París

Divertite, che Carola... Meté ruido y espamento.

Si podés, fajate un viaje, vos que soñás con París...

ENRIQUE CADÍCAMO –LETRA DE TANGO.

Entre las pocas películas que la censura eclesiástica dejaba llegar a Medellín, en 1953 ó 54 vimos *Moulin-Rouge* dirigida por John Huston. La primera vez fui a verla con Zuleta y con doña Margarita, su madre. Luego, en barra de amigos, repetimos función por dos o tres veces en el cine Ópera de la calle Maracaibo.

Nos impresionaba y atraía la atmósfera del París de 1900 recreada por Huston. Mucho tiempo la tuvimos por obra maestra, por el tratamiento de los personajes, la música inolvidable y los experimentos con el colorido

impresionista para recrear las salas de fiesta, las telas de cortinajes y vestidos y los carteles del pintor.

En la cinta José Ferrer hace una espléndida interpretación, y los trucos fotográficos y el maquillaje logran un asombroso parecido físico con la iconografía del pintor. Actuaba también Zsa Zsa Gabor, por entonces uno de los íconos de Hollywood.

La música de Georges Auric estaba concebida para transportar al espectador hasta el París de la época, lo que lograba de sobra. Aquella mezcla con el cancan era desbordante. Muy frecuentemente la he vuelto a escuchar porque se convirtió en un clásico dentro de la mejor música para el cine.

El mensaje básico que nos llegó era que el arte (la pintura de Toulouse-Lautrec para el caso) justifica la existencia y con tal de dirigirse hacia sus logros, el creador debe afrontar las dificultades que la vida le traiga.

Luego, en segundo plano, nos llegaba la trama sobre el heredero aristócrata que se enfrenta a su padre retardatario y rico, y es capaz de renunciar a una existencia inútil para elegir un camino propio, en el que triunfa cuando sus obras son aceptadas en el Louvre. (Muy claro mensaje existencialista del tipo “cada uno es artesano de su destino”).

De último, en el subfondo, quedaba la autodestrucción por el alcohol y sus secuelas, de un hombre atormentado a causa de su limitación física y su fracaso con las mujeres. Este elemento, que aparecía tan claro en la película cuando la volvimos a ver años después, no recuerdo que nos llegara como mensaje, ni como tema de las extensas conversaciones que Zuleta nos planteó en varias ocasiones a quienes con él habíamos ido ver la historia de Lautrec. Muy claro síntoma de que el trago que entonces consumíamos en las mesas de café lo considerábamos una dosis inofensiva y el fracaso con las mujeres, un problema circunscrito a enanos y jorobados.

La posguerra que nos llegó a Medellín fue la francesa, un poco tardía y envuelta en papel de libros y revistas. A partir de los años cincuenta fueron apareciendo en las librerías las traducciones de Camus (*La peste, El extranjero*), Françoise Sagan (*Bonjour, tristesse*), Jean Paul Sartre (*El muro, La náusea, La edad de la razón*) y las obras literarias de Simone de Beauvoir. No pasó mucho tiempo para que tuviéramos a la mano las ediciones francesas de Gallimard y Du Seuil y ejemplares retrasados de *Les Temps Modernes* y de los semanarios *L'Express* y *Nouvel Observateur*, pasaportes a un mundo que creíamos nuestro.

Al lado de esa avalancha de las obras francesas quedaban en segundo plano otros novelistas europeos de mayor circulación y fama transitoria como Curzio Malaparte, Virgil Gheorghiu y Alberto Moravia. Leíamos a éstos y a los norteamericanos en traducciones impresas en Buenos Aires o México,

no siempre de calidad. Pero eran lecturas a distancia, escritos llegados de mundos lejanos, sin la familiaridad y cercanía de vecindario que le asignábamos a las obras de los franceses de posguerra.

A la admiración del pensamiento de Sartre y de sus personajes de novela, por ejemplo, agregábamos un seguimiento callejero por los cafés de París, de modo que nos sentíamos llamados a sentarnos con ellos en el Café de Flore. Seguros estábamos de que París era el sitio que nos correspondía, y que por un golpe adverso debíamos permanecer transitoriamente desterrados en Medellín, hasta que llegara un mundo más justo que nos restablecería a la *Rive Gauche* y nos permitiría caminar por los adoquinados del *Quartier Latin*.

En el caso de películas como *Moulin-Rouge*, cada salida del cine, de regreso a casa o con dirección al café, por las provincianas calles de Medellín, era para nosotros la constatación de que había un sitio mejor, del cual estábamos exiliados; y cada inmersión en la bohemia de París, un estímulo a la adquisición y lectura de libros y revistas franceses, eficaces recreadores del paraíso aplazado.

Zuleta tuvo la oportunidad de ir a Europa en 1953, y estar en París por dos o tres semanas; y era tal su vocación por aquella ciudad que él mismo y quienes en esa época éramos sus amigos exageramos la importancia de tan corta visita. A otras personas que habían vivido en Francia por más tiempo no les concedíamos reconocimiento alguno, como si no lo merecieran. Nunca una visita tan fugaz fue interpretada como un acontecimiento tan decisivo en la vida de un personaje como los pocos días de Zuleta en París. No ha aparecido nadie a decir que fuera decisiva para Francia, pero sí se le da un significado curiosamente exagerado, que tal vez hunda sus raíces emocionales en el cine y las lecturas de posguerra que a Medellín nos llegaron en la primera juventud.

Seis. –Pincelada sobre Fernando Botero

[...]

Suscripciones

info@exopotamia.com

www.almargenonline.com